

"Únicamente son más las cosas cuya historia conozco."
(Ricardo Piglia, *Respiración artificial*.)

El desafío de la identidad platense

Por Claudia Bernazza

"La Plata tuvo un destino extraño y en cierto modo inverso al de todas las ciudades: no nació históricamente para alcanzar sólo muy tarde la plenitud de la razón: nació de la razón misma, al margen de la historia."

Así reza un artículo publicado por La Gaceta escrito en 1982, cuando los honores del Centenario desplegaron una artillería de elogios ciudadanos.

Aludiendo a trazas perfectas, prolijas diagonales, un sinfín de arquitectos europeos llamados a construirla, las gacetillas de los cien años platenses fueron elocuentes: la ciudad fue una joven sin desprolijos pasados de aldea. Esa juventud sin historia la despobló de mitos. ¿Quién puede decirnos lo que sucedió en estos llanos tolosanos antes del cuadrículado gris y numerado?

Cuando aún no habían llegado en barcos españoles las primeras semillas de cardales, cuando los caballos aún no conocían el infinito galope pampeano, ¿quién pisó nuestra misma tierra? ¿quién la amó, la insultó, abjuró de ella?

Supongo que el río era una presencia de brisas y planicies más desoladora que la de hoy -cuando el río es casi una ausencia- y alguien lo habrá grabado en la retina. Alguien lo habrá dicho en algún idioma. Alguien lo habrá guardado en un relato que contó a su hijo. Alguien habrá decidido elegir otro lugar para la vida.

Y eso apenas podemos suponerlo. Ninguna tradición oral lo registra. Ningún tatarabuelo envejecido y quieto encadenó ese cuento para que llegara a nuestros oídos.

La ausencia de mitos y la pobreza de leyendas nos desampara.

La razón ayudó a trazar geometrías, pero no tradiciones. Y disiento con los nacimientos al margen de la historia: no existen. Nacemos en la historia. Y si no nos precede, nos toca inventarla.

Y éste es el desafío fundacional que aún perdura: porque cien años, para una ciudad, es estar naciendo, estar fundando, estar tejiendo la primera trama de verdades y mentiras que amarán sus hijos a través de los siglos por venir.

Fundación de colores que los escritores necesitan a la hora de pintar su aldea.

LA ASIGNATURA PENDIENTE

Los afectos nos vinieron prestados.

Los primeros pobladores trajeron su incertidumbre inmigrante, su nostalgia italiana, su oficio de albañiles al amparo de enormes monumentos naciendo de la noche a la mañana en un descampado sin sentido.

La generación del ochenta y su grandielocuencia política establecieron aquí su reinado racionalista, suponiendo que la universidad prestaría linajes, la gobernación poder, la astucia científica ardid para vencer a la llanura desprovista.

Pero a la razón se le escapó un detalle: todos, sin excepción, cargaban en sus espaldas al extranjero del que no pudieron desprenderse. Y volcaron en una llanura sin pasado la historia de otros espacios.

La identidad fue la asignatura pendiente.

UNA LLANURA NI SIQUIERA FECUNDA

Vivimos lejos de la mítica fecundidad pampeana. Los bifos ampulosos, el trigo que Campodónico deshace en harinas, vienen de lejos. Los manzanos y los durazneros entregan dócilmente su almíbar a los gusanos y tenemos que conformarnos con terneros flacos, leches magras, y verduras y claveles que ganan mercados a fuerza de cercanías. Por eso fundamos una resignada costumbre de insultos a la humedad y a la pesadez del suelo.

Que sigue siendo infinitamente plano.

Cuadrículadamente plano.

Cuesta amar un lugar que no propone ni siquiera un mísero recodo. Un arroyo, una cascada, una serranía. Nos fue negada la sorpresa, el mar, las hondonadas. El horizonte demasiado lejos, los árboles, apenas los plantados, y una selva marginal impenetrable. Un río también llano. Pocas islas.

Es que en eso consiste la tradición popular: un amor que embellece cualquier geografía.

Pero nuestro pasado sin voces, sin tolderías, sin casas embrujadas, nos despobló de ángeles. (Si alguien sabe de algún alma en pena arrastrando cadenas sobre nuestros números, ruego que me avise. Ando en busca de algún fantasma genuinamente platense desde hace mucho tiempo.)

AMORES ADOPTIVOS

Los estudiantes del interior nos eligieron para defenderse de la vorágine de Buenos Aires, y una nostalgia de mar y de alfalfas nos abrigó del frío de hipotenusas y catetos. Ese préstamo provisorio de amores nos salvó de la catástrofe: la geometría no alcanza para fundar.

Y a pesar de algún encono que nos acusa de anfitriones poco cálidos y demasiado soberbios, el encuentro rindió sus frutos: la universidad fue un fogón encendido de pasiones, y la ciudad se pobló de platenses adoptivos que habitaron el lugar de la utopía.

Los centros de estudiantes y las pensiones sin horarios y los bailes nombrando otras ciudades y otras provincias nos dibujaron un rostro. La ciudad anodina se tiñó de marchas, de reclamos, de un atropellado amor por la casa de estudios que entonces sí tuvo dueños.

LOBOS Y LEONES

Religión mística e indescifrable, el fútbol ganó la ciudad hace mucho tiempo y fundó dos patrias. Imposible quedar al margen. O somos tricampeones o somos del lobo, lo demás no cuenta.

Gimnasia rebalsó en un fanatismo que no conoce antecedentes: sin ningún campeonato profesional ganado -salvo una extraña y alargada copa Centenario-, es una multitud de corazones flameando que asume la tabla de punta a punta, perdonando sábados y festejando domingos (y disculpen esta preferencia al describir que no obedece a ninguna literatura).

Esta región ciudadana ya es leyenda fundada.

Volcán en erupción en 57 y 1 o en la espesura del bosque.

Agua que se puede beber y es nuestra.

POETAS Y NOVELISTAS

La literatura, que es pura borrachera de cuentos viajando de voz en voz, de generación en generación, aquí se viste de lento desembarco.

Si bien la historia registra como poeta fundacional y primero a un tal Matías Behety -más conocido por su cadáver momificado que por sus sonetos- somos hijos de Almafuerte. Pero su humanidad sin límites lo llevó rápidamente al escenario nacional y su identidad platense quedó desdibujada bajo su mensaje hondamente universal.

Benito Lynch fue un contundente platense en sus afectos pero un novelista nacional en sus alcances. López Merino, Ripa Alberdi, Themis Speroni, grabaron nuestros tilos en alguna estrofa, pero su arte tuvo más que ver con la consolidación de la poética nacional. Y la generación del cuarenta no pudo sustraerse de su nostalgia provinciana a la hora de la creación.

El hoy todavía se está escribiendo, es inútil apresurarse. Pero la novela aparecida el año pasado *Los chicos desaparecen*, del escritor platense Gabriel Bañez, elige como paisaje un deslizamiento sobre las rampas de cemento militar que nos avergonzaron en la plaza de 19 y 60. Literatura de amplia repercusión donde ya se pueden identificar paisajes y dolores nuestros.

RASTROS Y ROSTROS DE LA PLATA

Cuando una ciudad aún es caserío, sus pioneros fundan la memoria de la primera muerte, el primer dolor, la primera vez de todo. La ciudad graba esa voz en sus pliegues, la atesora y la reviste de maravillas según pasan los años. Y su nombre, cualquiera sea, cargado de historias sazonadas, pasa a ser identidad. Una suavidad donde recostarse, donde encontrarse después de ir y volver por los caminos que siempre regresan.

La Plata irá construyendo, según vayamos viviendo, ese lugar.

Es cuestión de entretejer lo sucedido.

Alguien que recuerde *el día en que...* y saque a relucir los sacudones.

Muchas veces, muchos hijos y nietos escuchando.

Vagabundos, tranvías, bares, trenes en 7 y 50, la única nieve, una torta descomunal hecha pedazos, una guerra, un mítico champan bajo la piedra. Sumar el retazo que guarda cada uno. La noche de los lápices y los hijos que no aparecen.

Mucha tinta y muchas voces relatando.

Fondear los *Rastros y rostros de La Plata*, feliz síntesis con que la poeta Estela Calvo titula el libro dedicado a la ciudad que ama.

Así *lo* platense se irá armando. Una paciente acumulación de días, una sobredosis de afectos que pueble para siempre el cuadriculado perfecto.

Porque es inevitable.

La razón marcó la trama, los andariveles. Pero no la historia.

EL DIA de La Plata, domingo 3 de julio de 1994.